

Como la rosa y el clavel  
como la paz adámica de la aurora de nuestra especie;  
como la higuera cargada de lechoso fruto,  
y la rubia abeja zumbadora. .

Como la albahaca y la menta,  
y el blanco piñón  
y la granada henchida de rubíes.

Como la espina dorsal del diplodocus  
y el estremecimiento telúrico de los mundos.

Como el cofrecillo de sándalo  
y el túbio nido de la tórtola.

Como las mónadas de Leibniz  
y el noúmenon del casto Manuel.

Como el muslo turgente  
de los itmos,  
donde los océanos deponen su coraje  
y los continentes proclaman el latir solidario de los pueblos ...

Como el tirso de las Bacantes  
y los pámpanos de Dionisos.

Como una sinfonía muda  
de notas inefables;  
como la dulzura del caramillo  
y el grave bordón de la guitarra,  
y la nieve pudorosa  
y el fulgor del rocío.

Como la pulpa agridulce del melocotón  
y la caña de azúcar  
y el regalado heno  
con que alfombra la naturaleza sus cámaras nupciales.

Como la gacela  
y el pavo real  
y el faisán  
y la oropéndola...

Isabel,  
tod esta riada infinita de «comos»  
me la inspiras tú.  
con los lirios de tus mejillas  
y la fruta tropical de tus labios  
y el iris incendiado de tus ojos.  
y la alpaca brillante de tu pelo insumiso.

Carlos TUS

## U N A ENCRUCIJADA LINGÜÍSTICA

por CARLOS CALLEJO



CUANDO alguien en una reunión pregunta cómo se escriben exactamente las palabras *Tschaikowsky* o *Scheherezade*, no falta entre los circunstantes alguna persona culta que puntualiza la correcta ortografía. Pero no siempre surge luego, como sería deseable, otra persona un poco más culta para explicar que esa ortografía «correcta» lo es mucho menos de lo que pudiera creerse. En efecto, aunque es así como hemos dado en escribir dichos nombres, tales formas son barbarizantes e inadecuadas a nuestro idioma. Las usamos por la poderosa razón de que así las hemos visto escritas en las publicaciones extranjeras y nadie hasta el presente se ha molestado en escudriñar cual sería la verdaderamente correcta versión española. De lo contrario, hubiérase visto que en los lenguajes originales—ruso y árabe—no existe semejante sopa de letras, únicamente puestas para lograr una adaptación a la prosodia alemana. Tampoco es raro encontrar en nuestros Atlas palabras como *Kharkow* o *Djibouti* y en nuestros libros de Historia abundan las transcripciones tales como *Harum al Raschid*, *Seldjúcidas* etc. Todos estos nombres han sido adaptados de su lengua originaria al francés, al alemán o al inglés y es de estos idiomas de donde nuestros autores los toman, intercalando una inútil etapa fonética extranjera para articular una voz que debería haber pasado de su idioma al nuestro en transcripción directa.

Es increíble el abandono en que este importante problema ha permanecido durante mucho tiempo. Los autores de los dos últimos siglos y principios del actual, fueran historiadores, geógrafos o literatos, se han limitado a copiar la ortografía del original en que se inspiraban, con lo que un mismo nombre lo hallamos en nuestros libros escrito de tantas maneras como indagadores de distintas fuentes lo hayan tratado. Un puerto persa lo veremos escrito *Bender Bushir* si nuestro geógrafo ha consultado un texto inglés, *Buschir* si la fuente fué alemana, *Bouchir* si fué francesa, *Buscir* si italiana. El resultado es, como se vé caótico.

Cuando el nombre propio en cuestión pertenece a un idioma que usa nuestro alfabeto no existe problema: el sentido común demanda respetar la ortografía original que es al mismo tiempo universal. Pero



cuando el alfabeto es distinto, la imposibilidad de reproducir en nuestros tipos de imprenta el apelativo indígena, impone una adaptación, que ya debe ser fonética, al idioma en que se escribe. Esto es lo que han hecho los ingleses, los alemanes, los franceses, etc., y nosotros no nos hemos precisamente apresurado a formalizar. El problema sería fácil para los autores un poco escrupulosos, si no existieran tres fonemas o escollos en los que frecuentemente se tropieza y que casi siempre se transcriben mal. En primer lugar está la gutural J, para la que se emplea erróneamente el grafismo KH, copiado de los textos extranjeros en cuyas lenguas no existe signo para aquélla. En segundo término la letra árabe YIM, de pronunciación algo más fuerte que la G francesa. Para ella se suele usar la combinación DJ ó DSH, innecesaria y absurda en nuestra prosodia. La tercera consonante es el XIN ó SCHIN, frecuentísima en las lenguas orientales, que en las europeas se transcribe por SCH, SH, CH, SC ó SZ y para la que en castellano no existe un signo especial.

Para la primera y segunda de estas consonantes se ha impuesto una norma que los autores siguen con carácter general, aunque algunos la olviden con frecuencia. *Jorasán Jarkov* y no *Khorasan, Kharkow*. Aquí la regla es inatacable. También se ha vulgarizado la transcripción *Yakarta* en vez de *Djakarta*. Cuando la sílaba es inversa, en cambio, no podemos emplear la Y para este sonido y entonces se echa mano de la CH: *El Hach* y no *El Hadj*. Algunos emplean también la CH para la sílaba directa escribiendo *Selchuquies* donde los historiadores despreocupados y galiparlantes copiaban *Seldjúcidas*.

Por el contrario, para la tercera de las consonantes indicadas, el problema sigue en pie y cada cual lo resuelve a su modo o no lo resuelve, limitándose a copiar la ortografía que trae el telegrama o la noticia que está glosando. Algunos especialistas recomiendan transcribir esa SCH—designémosla provisionalmente a lo alemán—por una simple S. Para ellos es lo más cómodo, pues aquel sonido tiene como símbolo internacional la S provista de un acento diacrítico. Pero el historiógrafo, que debe procurar una fidelidad máxima a las fuentes pristinas, no encuentra muy lógico solucionar el problema de las SCH ignorando su existencia e identificándolas con otra consonante bien distinta. El verdadero nombre de Circo era *Kurasch*; las primeras dinastías sumarias se establecieron en *Kisch* o en *Lagasch* y parece obligado al mencionar el nombre del rey Sapor, decir que esta palabra es una corrupción de *Schappur*. ¿Cómo explicar todo esto al estudiante transcribiendo *Kuras, Lagas* y *Sappur*?

La misma endebles de esta solución ha hecho que poco a poco haya ido perdiendo adeptos. Así, por ejemplo, en un gran Atlas editado en Madrid, se emplea la combinación alemana SCH buscando sin duda una analogía con las buenas obras de cartografía publicadas en aquel país. Otros piden prestada al francés su CH y así hemos visto que la ciudad marroquí que se vino llamando siempre Xauen, aparece ahora escrita en muchos periódicos españoles, no sabemos bajo qué asesoramiento *Chauen*. ¡De ahí a poner *Chaouen*, ya no hay más que un paso! Otros autores, en fin, se asen a la combinación inglesa SH, que tan pro-

fusamente nos traen, en antropónimos y topónimos, las prensas periodísticas.

Todas estas soluciones son igualmente inoperantes, por múltiples y por serviles. ¿Por qué el castellano se ha de servir siempre de una grafía extranjera para interpretar este sonido fricativo? El hecho de cada autor, de un modo anárquico, lo reproduzca a su manera está explicando que ninguno de estos sistemas es legítimo. El confucionismo se podría evitar y se evita volviendo a utilizar la letra que en nuestra literatura sirvió siempre para representar este sonido: la X bable. Es enteramente inexplicable por qué esta letra ha caído en desuso o está cayendo, pasándose de moda, diríamos. Cuantas veces he preguntado a un lingüista por las causas de este fenómeno, se ha encogido de hombros y no ha sabido decírmelas. La única explicación plausible es la continua invasión de letra impresa extranjera en nuestra ciencia y en nuestra técnica, lo que origina insensiblemente el desuso de nuestros sistemas prosódicos tradicionales y la adopción de combinaciones exóticas que terminan por incrustarse en el castellano. España entró en contacto con la literatura y la ciencia arábigas mucho antes que cualquier otro país de Europa y desde los tiempos de Alfonso el Sabio la X se utilizó siempre para transcribir el XIN. La X es, ante todo un fonema más español que ninguna de las combinaciones más arriba descritas, pues lo usan las lenguas periféricas peninsulares y no es en forma alguna extraño al castellano. Tiene la ventaja de su larga utilización ancestral tanto en España como en América donde se usa para representar algunos sonidos de lenguas indígenas. Y sobre todo—y éste es su principal título—es la letra que instintivamente emplea el español siempre que se encuentra ante la consonante *xin* en sus contactos con las lenguas orientales: *Aixa, Axdir, Xiquena, San Francisco Javier, el primer español que pisó el Japón, nunca escribió Hiroshima, Kagoshima, nombres que han impuesto hoy las agencias de noticias extranjeras, sino Hiroxima, Kagoxima*.

Es cierto que la transcripción del *xin* por X resulta anfibológica porque el sonido propio de este signo en español es otro distinto. ¿Pero, es acaso la X la única consonante castellana que tiene dos sonidos? En sílabas directa, la desviación fonética es escasa. Como hemos dicho y cualquiera puede comprobar, el español, no sólo emplea la X cuando se le dicta un nombre exótico que comience por este sonido fricativo sino que pronuncia con este último palabras como *xenofobia, xilófono*, que por venir del griego debería pronunciar *Kxenofobia, Ksilófono*. En cuanto a la sílaba inversa, la desviación es mayor, ciertamente, pero la prueba de que nuestro idioma no teme esta desviación es su persistencia en topónimos como *Guadix, Torrox* etc., en que el *xin* árabe se transcribió como X y la transcripción es ya imborrable. En todo caso podría servir la combinación SX que siempre sería preferible a las extranjeras SCH, SH, etc., para escribir *Kasxmir, Lagasx*, nombres de ciudades, en vez de *Kaschmir, Lagasch*.

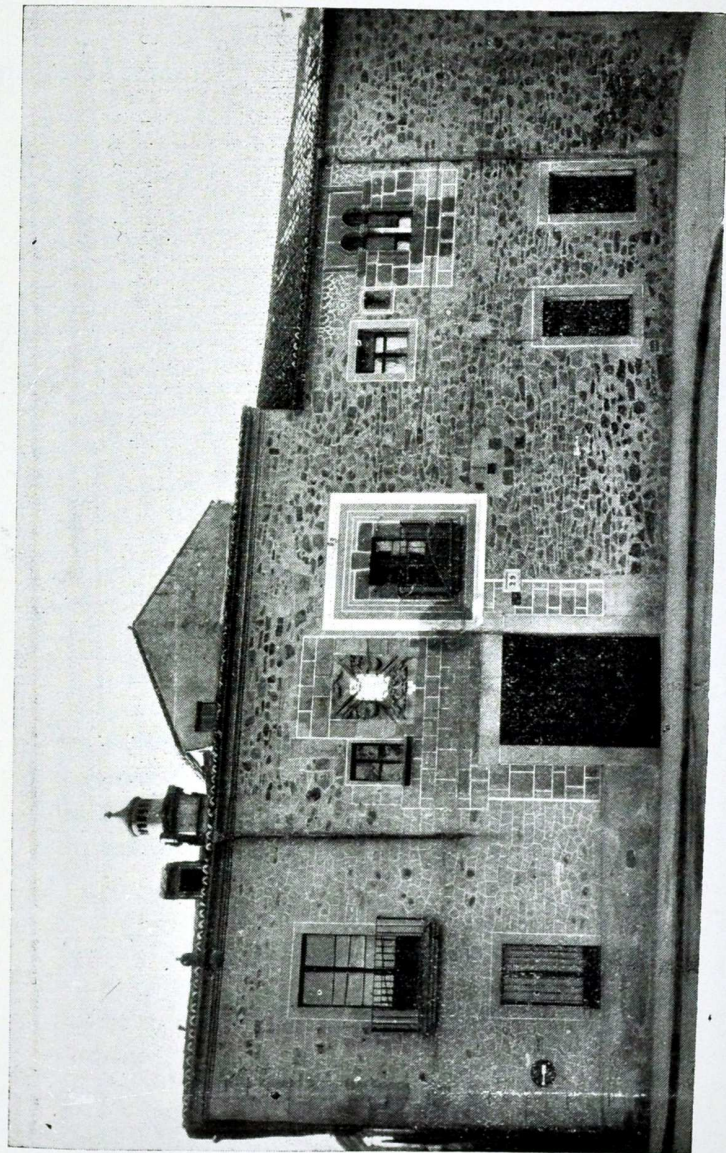
Aquí podría terminar ésta quizás anodina disertación, si no quisiera aprovechar la ocasión para hablar de otra costumbre que parece imponerse en los medios científicos y literarios del país y que también



va en detrimento de nuestro limpio, brillante y noble idioma. Es la modalidad de transcribir los nombres propios de lenguas eruditas en su forma original, cuando el español posee ya de antiguo una versión adaptada a su prosodia. *Iulius Caesar* por Julio César. *Nero* por Nerón. *Athenai* por Atenas. *Abd-al-Rahman* por Abderrahman. O bien, en el caso del árabe o del ruso, transcribir el nombre como se escribe y no como se pronuncia: *Sala al Din* por *Salah ed Din* (Saladino) toda vez que en árabe, la L del artículo reduplica la consonante «*enferma*» que le sigue, únicamente en la pronunciación, pero no en la escritura. Todo este expediente, que a nuestro juicio lleva a términos exagerados la fidelidad a la fuente, está bien para obras de alta especialización científica, pero no debe usarse en las de divulgación (esta bien hacerlo entre paréntesis, después de haber escrito la versión castellana usual). De otro modo el escritor se ve obligado a variar la ortografía de todos los nombres que maneja (*Abu bakr*, por Abubéquer, *Muhammad* por Mohamed o Mahoma, *Hisam* o *Hischam* por Hixem etc. Y con ello además, se obliga al lector a pronunciar mal en el caso, que será el más frecuente al uno por diez mil, de que ignore el idioma original.

En ningún país extranjero se siguen estas reglas y resulta por tanto extemporáneo que las adoptemos nosotros exclusivamente, en perjuicio de nuestro propio idioma. Cuando un francés escribe *Djibouti* emplea el artilugio literal necesario para que los franceses que leen, pronuncien *Yibuti* que es el nombre árabe original. Por la misma razón los italianos no vacilan en escribir *Cile* y *Cina* por Chile y China, distanciándose de la ortografía de las demás lenguas aun en palabras del mismo alfabeto. Si un ruso vierte a su idioma y alfabeto las obras de Shakespeare, se guarda de estamparlo así, lo cual daría lugar a una pronunciación equivocada y en su sustitución escribe *Xekspir*.

Nosotros no tenemos motivo alguno para obrar de otra manera, pero alguien debe dar la norma orientadora al público, que, no siendo así, se limita a copiar las ortografías que lee en los periódicos o en los libros extranjeros. Hay aquí ancho campo para que las plumas doctas desbrocen el buen camino. Los que no las poseemos sólo podemos estar concordes en proclamar un principio: El castellano es una lengua mayor de edad y no necesita andaderas ni servidumbres ortográficas.



ALBUM EXTREMEÑO. - Cáceres: Palacio del Marqués de Monroy. (Foto Javier)